

## Desde el tejado

Esta mañana me quedé sin mar. Estaba con los chicos en la vieja fábrica y llegó Adlan, el nuevo. Me preguntó qué tenía en la mano y le dije que era una caracola que servía para escuchar las olas. Se burló y me la quitó. Ninguno de los chicos hizo nada. Le tienen miedo. Adlan se llevó la caracola al oído y la agitó como un teléfono estropeado.

–No se puede guardar el mar en algo tan pequeño. Estás loco.

La tiró al suelo y la pisó. Se rompió en pedazos. Salí corriendo. No quería que me vieran llorar. Me fui a la avenida Tsereteli. No volví hasta la noche. Madre ya dormía. Cada vez se cansa más. Silbé bajo la ventana hasta que mi hermano me oyó. En la cocina se lo conté.

–Nunca había sacado mi caracola de casa.

–Esta no es nuestra casa. Estoy harto de que la llames así. Nuestra casa está en Galí, no en los suburbios de Tbilisi.

Se pegó el transistor a la oreja. Hablaban en ruso. No entendí lo que decían, pero mi hermano parecía preocupado. No hablaban del mar.

Hoy me subí al tejado de la vieja fábrica. Oía jugar a los chicos en el descampado. Distinguí los gritos de Adlan. Era el que más gritaba. Hizo muchos goles. No me hubiera importado ser su amigo, pero ya no. Nunca podrá devolverme mi caracola.

He vuelto al tejado. Madre dice que es peligroso, pero es un buen lugar cuando quieres estar solo. Eso pensaba. Oí que alguien escalaba el muro de atrás. Creía que yo era el único capaz. Está muy alto y a los demás les da miedo. No me volví para ver quién era. Ya lo sabía. Era Adlan.

–He venido para devolverte el balón. Levan me ha dicho que es tuyo.

Ni siquiera le miré.

–Quédatelo. Ahora lo tienes tú.

–No. La pelota es tuya. Yo no soy un ladrón. No voy quitándole sus cosas a la gente.

Me di cuenta de que le había ofendido, pero me dio igual.

–Ayer me rompiste la caracola. Eso es como robar.

Adlan se quedó callado. Creo que no entendía muy bien lo que acababa de decirle.

–Te la rompí porque me mentiste. Si piensas que dentro se oían las olas es que eres idiota. No puedes vivir engañado. Te hice un favor.

Dejó caer el balón a mi lado. Me quedé mirándolo. Dio un bote y rodó hasta el borde. Cayó al tejado abajo. No me importó.

–Ya sé que no es el mar de verdad. No soy tan tonto. Antes de irnos de Abjasia, me llevaron dos veces al mar. Lo que pasa es que la caracola es un lugar pequeño y casi cerrado, y como rebota el sonido parecen olas.

–Entonces, ¿qué más da? Ya tendrás otra.

Levanté la cabeza. Sabía que si me ponía de pie, yo era más alto, pero no tenía su mirada. Miraba como si no importaras, como si lo importante estuviera detrás de ti. Como si te atravesara.

–Era un regalo.

–¿De quién?

Volví a mirar a lo lejos.

–Hace tres años me llevaron de viaje. Fui a España y estuve con una familia. Me enseñaron el mar en un sitio llamado Nerja. Allí María Jesús me dio esa caracola. Dijo que con ella podría escuchar el mar de España aunque estuviera lejos. Así me acordaría de ellos.

–Eso es una bobada. El mar suena igual en todas partes.

Le miré con furia.

–¡Y tú qué sabes, checheno! ¡Seguro que ni siquiera lo has visto!

Dio un paso. Pensé que me golpearía, que me empujaría y me dejaría caer abajo como el balón, pero no fue así. Se sentó a mi lado.

–Es verdad. En Grozni no hay mar. Y si lo hubiera las bombas lo habrían roto, o habrían roto las cabezas que sostienen los oídos que escuchan, así que nadie podría oírlo. Yo no sé cómo suena el mar.

Nos quedamos en silencio. Abajo, en el patio de la vieja fábrica, un gato muy flaco husmeaba buscando algo que comer. Adlan le lanzó un trozo de teja, pero no le dio. Sé que si hubiera querido podría haberlo hecho. El gato se asustó, pero al rato volvió a su búsqueda. Debía de estar hambriento.

–Me han contado que tu madre murió –dije–. Lo siento.

–Y yo lo siento por tu padre.

Le miré. Tenía los ojos fijos en el gato solitario. No volvió a lanzarle nada.

–Mi padre no está muerto –contesté.

–Os abandonó. Eso casi es peor.

No discutí. Tampoco pregunté quién se lo había dicho. Habrían sido los chicos. Todos tenemos una historia. Por eso vivimos en el hotel abandonado. Mi hermano dice que es un refugio temporal hasta que volvamos a Abjasia. Cuando él no me oye, yo lo llamo casa.

–¿Por qué no vuelves a España?

Tardé en responder. Mi garganta se había cerrado de golpe.

–Mi familia española me escribe cartas. Ellos me enviaron esta camiseta. Es de su selección.

–¿Y no te piden que vuelvas?

–Claro. Y las personas que organizaron el viaje vinieron a hablar con mi madre, pero ella les dijo que me dan miedo los controles militares. Tuvimos que pasar varios para coger el avión.

–¿Tanto miedo te dan?

–No. Yo le pedí que lo dijera. Así no insistieron más.

Adlan parecía confuso.

–No te entiendo. Podías haber vuelto a España y dices que no. ¿Por qué?

–Ya te lo he dicho. Yo he estado tres veces en la playa.

–¿Y eso qué tiene que ver? –preguntó él.

–Aquí todavía hay chicos que no han visto el mar.

Me entendió. Nos quedamos callados mucho rato, hasta que oímos a los demás reír abajo. Vimos una piedra cruzar el patio y acertarle en una pata al gato flaco.

–¡Eh! –gritó Adlan.

La segunda piedra le dio de lleno en la cabeza. El pobre gato se ladeó, pero no salió huyendo. Tenía que necesitar realmente algo de comida. Desde donde estábamos, no se veía quién había lanzado.

–¡Parad ya! –Adlan se levantó. Antes de deslizarse por la tubería, me miró sin pestañear—. Siento lo de la caracola.

Ha sido un domingo triste. Por la mañana subí otra vez al tejado. Echaba de menos mi caracola y me puse a pensar en las cosas buenas que había vivido en España. Me acordé del estadio de fútbol gigante, del metro y de esa noche que tiraron fuegos artificiales y me oriné encima pensando que eran disparos. Incluso con eso, eran buenos recuerdos. Y no podría romperlos nadie. Adlan apareció al rato. Me saludó y se sentó a mi lado. Pensé en decirle que le perdonaba, pero entonces oímos un ruido abajo, en la fábrica. Era agudo como el llanto de un niño. Bajamos y Adlan me siguió. Nos metimos en la fábrica y en una esquina, detrás de unos hierros, encontramos al gato del día anterior. Estaba tumbado sobre el lomo con los ojos abiertos. Tenía sangre seca en la oreja. Estaba muerto. Movimos uno de los hierros para ver mejor. Acurrucados contra la tripa del gato, dos pequeñas crías se quejaban mientras apretaban las tetas de su madre. No habían abierto aún los ojos. No entendían que su mamá gata había muerto.

–Por eso buscaba comida –dije.

Adlan no me respondió. Se había quedado muy quieto. Tenía los puños apretados y la mirada clavada en la gata muerta. Me pareció que temblaba. De pronto se dio la vuelta y echó a

correr. Por la tarde me enteré de que se había peleado con varios de los chicos. A Irakli le había pegado en la cabeza con un trozo de ladrillo. Creo que fue él quien tiró piedras a la gata.

Esta mañana ha venido la policía a la escuela. Se han llevado a Adlan. Mi madre ha ido a hablar con los padres de Irakli. Dice que las cosas se arreglarán, porque estamos juntos aquí y si no nos arreglamos nos echarán a todos y ya no podremos estar en ningún lugar. Mi hermano ha fumado unos cigarrillos con el padre de Adlan. Él le ha contado cómo enterraron a su madre. No había enterradores en Grozni. Su madre tenía familia y amigos, pero invitarles al entierro era hacerles correr el riesgo de morir por los francotiradores. Ellos dos solos tuvieron que cavar la tumba. No le he dicho a nadie lo de los gatos. Les he llevado leche dos veces. He envuelto a la madre en mi camiseta. En cuanto vuelva Adlan, le diré que nos quedemos con los gatos. Él uno y yo otro. Así seremos parientes. Y juntos enterraremos a la madre. Haremos en el patio un hoyo pequeño y muy hondo. Cavaremos hasta que podamos oír el mar.